



Heimito von Doderer  
Un asesinato  
que todos cometemos

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS

A medio camino entre la novela de aprendizaje y el género negro, *Un asesinato que todos cometemos* nos revela que el caos está contenido en cada individuo y que cada uno de nosotros posee una cuota irremediable de maldad.

Conrad Castiletz vive su pesadilla en la Alemania de entre guerras. Durante la infancia, en un ambiente burgués caracterizado por una violencia casi siempre contenida, se le inculcan ciertas pautas inviolables: las cosas deben mantenerse en un orden preciso, todo debe quedar bajo control. «Hay que mantenerse en tensión» será su máxima, pero una inocente broma de estudiantes, un instante en que el orden ha sido burlado, esperará en el entramado de su vida para marcar su caída en plena madurez. Este asunto que ha dejado sin resolver aparece como un desorden existente en un punto determinado de su existencia y deberá llegar hasta el final. ¿Quién ha asesinado a la hermana de su mujer? La evidencia será horrible, pero Castiletz está dispuesto a la peor de las amarguras con tal de conseguir su corona de laureles.

# Primera parte

## Uno

A todos nos calan la infancia en la cabeza como si nos encajara encima un cubo. Sólo más tarde se descubre lo que había dentro. Pero, eso sí, nos chorra durante toda la vida, y nada puede hacer uno por mucho que cambie de ropa o incluso de disfraz.

El hombre cuya vida narraremos en estas páginas —una vez conocidos los hechos, su caso despertó bastante la curiosidad dentro de las fronteras de Alemania y también en el exterior— casi podría considerarse una prueba de lo imposible que resulta limpiarse el contenido del mentado cubo.

De niño lo llamaban «Kokosch», basándose en su primera y aún balbuceante pronunciación de Conrad, su nombre. Aquello que de muchacho llamaba «su reino» —y más tarde, expresándose ya de forma culta y literaria, «el reino de mis años mozos» o «mi país infantil»— era la punta del ala de una gran ciudad que esparcía sus bloques de edificaciones allende un canal ancho y surcado por barcos, hasta llegar, bajo la bruma, al horizonte. De hecho, estos bloques no estaban en todas partes agrupados en calles o en compactas hileras de casas, sino abiertos en muchos sitios, interrumpidos por prados y terrenos sin edificar, donde se encontraban los viejos árboles de la vega, algunos matorrales y algún que otro grupo de jóvenes arbolillos. Ciertas calles sólo tenían una hilera de casas, mientras que el otro lado seguía vacío. Se veían allí montones de grava y pilas de

madera, así como la valla que pasaba por delante de un talud sobre el borde del canal, cruzaba el cauce y se dirigía a gran distancia, hacia las múltiples ramificaciones de la masa urbana al otro lado del agua, o bien bordeaba la ribera, allí donde la corriente doblaba, parsimoniosa y brillante, hacia la izquierda, trazando una curva entre los taludes de la orilla. Allí estaba la espuma verde gris de las copas de los árboles y allí aparecían también los prados. A lo lejos se divisaban las chimeneas de las fábricas, alineadas como flechas en un carcaj, y a su lado se alzaban los montículos anchos y romos de los gasómetros, tras cuyo resplandor, intensificado por el brillo de las rejas, se presentaban en invierno la niebla y en verano las nubes rizadas en un horizonte vaporoso.

En la última casa de esa hilera de edificaciones abierta hacia el canal vivían los padres de Conrad. Ocupaban entera la tercera planta, por lo que su vivienda era muy espaciosa. El padre, Lorenz Castiletz, no era hombre rico, pero sí lo que suelen llamar bien acomodado. Se dedicaba al comercio de paños y, por otra parte, ostentaba desde hacía tiempo la representación de dos casas holandesas, motivo de no pocas envidias, pues la posición de dichas empresas en el mercado era por sí sola muy fuerte. Por este hecho y porque además tenían una tía pudiente, bien al estilo rural, con tierras, casas y granja, Kokosch, que era por otra parte hijo único, nunca padeció situaciones de escasez importantes ni peligrosas para su salud, ni siquiera durante el período de la guerra, como tampoco las padeció en los duros años posteriores a la contienda. En cierta medida, aquellos acontecimientos pasaron como algo más bien distante por la casa de los Castiletz. El padre, que había contraído una afección cardíaca de manera un tanto extraña en sus ya lejanos años de juventud —por dedicarse con excesiva energía y apasionamiento a la esgrima de sable—, ya había superado la edad para ser llamado a filas al estallar la guerra; de todos modos, el motivo antes mencionado lo habría exi-

mido de prestar el servicio militar en el frente. La diferencia de edad entre Lorenz Castiletz y su hijito era abismal: cuarenta y siete años.

El padre era un hombre alto y guapo, de pelo negro, largo y rizado y con un poderoso bigote, ambos con mechones e hilos plateados entremezclados de forma delicada y, casi podría decirse, coqueta con los de color oscuro. Aunque era amable y de buen genio, distraído y desordenado fuera del ámbito de sus negocios, podía ocurrirle de golpe que, cogido de forma repentina por una ira brutal y en cierta medida dirigida hacia dentro, se ponía negro de cólera y se desataba en los insultos más increíbles. En tales casos el piso se convertía en una auténtica cueva del terror, hasta que de pronto el padre entraba por una puerta, sonriendo amablemente y dispuesto a disculparse, sea ante la madre, a quien daba un beso, sea ante Kokosch, al que sentaba sobre sus rodillas. Sin embargo, el hecho de ver a su padre ensombrecerse de manera tan repentina tuvo en el niño efectos más duraderos que las posteriores consolaciones.

Una vez fue cazado por su colérico progenitor en el vestíbulo pintado de blanco brillante, en un momento inoportuno, pero sin culpa alguna por parte de Kokosch, cuando se disponía precisamente a dirigirse con escrupulosa puntualidad a la escuela para asistir a las clases de la tarde. Tenía el bolso con los libros bajo el brazo. El padre, hablando con la madre, había subido de golpe y porrazo la voz (que enseguida se convirtió en un grito o, más bien, en un rugido), había salido disparado por la puerta del recibidor, una cristalera de dos hojas, y había visto allí de pie a Kokosch, a quien ya creía camino de la escuela.

—¡Por lo visto, tú tampoco obedeces a las órdenes, canalla! —abroncó al muchacho en un tono relativamente bajo, con lo cual la impresión y el efecto sobre Kokosch resultaron ser profundísimos. ¡Vamos, andando!— gritó luego el padre, cogiendo con fuerza por la nuca al pequeño, que en

ese instante ya se había puesto a llorar, y sacándolo por la puerta a empellones.

En esa ocasión, el padre fue a buscar a Kokosch tras acabar las clases —asustando así al muchacho cuando salía de la escuela, pues por regla general nunca iba a buscarlo—, pero Lorenz Castiletz colmó a su hijito de muestras de cariño, atiborró al chiquillo con pasteles y nata comprados en la confitería y dedicó toda la tarde, primero a ayudarlo a hacer los deberes, que de este modo fueron despachados en un santiamén, y luego a jugar con él. Se tumbó boca abajo todo lo largo que era para ajustar con sumo esmero y precisión las agujas del tren de cuerda, y la madre se llevó las manos a la cabeza al entrar y ver semejante escena. Kokosch también estaba contento. Sin embargo, lo vivido en el vestíbulo penetró de forma subrepticia en sus sueños; siempre eran sueños terroríficos, en los cuales, curiosamente, la estera acanalada marrón que se extendía desde la entrada hasta la puerta cristalera del recibidor aparecía con extraordinaria nitidez: cada fibra se presentaba como vista desde una distancia mínima, como si él mismo se alzara sólo un par de palmos encima del suelo. Este detalle nunca faltaba en los sueños del niño relacionados con el padre encolerizado.

Las repentinas caídas de Lorenz Castiletz al pozo negro, sin embargo, se debían siempre, sin excepción, a los motivos más ridículos; nunca había ocurrido que perdiera la cabeza de esta manera tratándose de algún asunto decisivo o de relativa importancia. Eran, más bien, los cuellos doblados, las corbatas arrugadas, alguna hoja traspapelada con algún recado sin hacer apuntado en ella: tales menudencias lo atraían al abismo. Además, éste no siempre existía sólo como metáfora, sino que estaba, como quien dice, ya prefigurado en la oscuridad bajo el escritorio o bajo el sofá donde había que buscar, agachándose al máximo, en una postura que resultaba angustiante para el padre, hombre con una notable tendencia a la apoplejía y con un corazón debi-

litado. De esa postura emergía finalmente, en la mayoría de los casos sin haber conseguido nada, con la cabeza roja como un tomate.

Como mucha gente descuidada —cuyo secreto consiste, básicamente, en coger y usar una cosa, pero no devolverla nunca a su sitio—, afirmaba que le habían quitado o traspapelado algún trasto cada vez que no lo encontraba en su lugar, aunque encontrarlo habría sido, desde luego, un fenómeno casi sobrenatural en el siempre renovado caos de su despacho: un caos sólo inexistente en las dos primeras horas posteriores a cada intento de *Frau Castiletz* de poner orden, aprovechando la ausencia de su marido. Pero aquí residía quizás el peligro más grave, pues una intervención racional de esta clase volvía a destruir todas esas vías y pistas abiertas en la vida por el uso, en las cuales las cosas quedaban simplemente tiradas, pero a las que la memoria de quien buscaba siempre podía volver a tientas, trabajando con rapidez y eficacia en el claroscuro de la conciencia. Esta habilidad constituye una de las potencias psíquicas más importantes y asombrosas de la gente desordenada, pero precisamente esa potencia queda paralizada con dichas intervenciones, de suerte que en tales casos se ha de buscar con el intelecto, órgano crítico por naturaleza; y entonces, ¡ay de los sondeadores del orden, llamados con rigurosísima severidad, si no encontraban el equivalente objetivo de la imagen mental!

Así, pues, nunca se estaba seguro en la casa paterna de Conrad, puesto que no se precisaba ni de catástrofes externas ni de noticias nefastas para hacer insostenible la situación. Al contrario: lo catastrófico y nefasto era producido en la propia casa. Sin conocer todavía a *Frau Castiletz*, comprenderemos su impotencia ante tal carácter. No le quedaba otro remedio que acomodarse como podía a las circunstancias y, dado el caso, no irritar mediante objeciones a Lorenz, su marido. Se defendía con valentía en estos avatares; por otra parte, es del todo inimaginable lo que habría podi-



do ocurrir en caso contrario. Pues su simple y dulce aceptación también contribuía, en cierta medida, a intensificar esas fuerzas dispuestas a descargarse, porque Lorenz Castiletz, receloso, siempre le atribuía a ella una tolerancia pedante, acostumbrada a no tomárselo del todo en serio. Era precisamente esta última duda la que quería despejar cuando se ponía negro como el azabache.

Quien conocía personalmente a *Frau* Leontine Castiletz debía conocer también la existencia de una palabra capaz de definir con bastante precisión todo su carácter; no es, desde luego, un término de corte clásico, pero en este caso contiene toda la verdad. Esa palabra o palabreja era «pocha». Siempre estaba pocha, y desde que alguien lo pronunciara, el adjetivo fue divulgándose a espaldas de *Frau* Leontine entre su círculo de amigos hasta introducirse incluso en la parentela, que no se sintió para nada molesta, sino que enseguida aprovechó la oportunidad para crear un sustantivo: «la pocha». Desde ese momento, el nombre de Leontine fue retirado de la circulación, salvo en los momentos en que la portadora del nombre se encontraba presente.

Era una mujer hermosa. Según algunos, se parecía a su tía —aquella de la finca en el campo— cuando niña, pero Leontine era mucho más esbelta, de suerte que la hacendada, una dama de buena presencia y de formas harto opulentas, casi parecía maciza a su lado. Este hecho se debía a la diferencia de edad. *Frau* Castiletz era veintitrés años menor que su marido.

Tenía el cabello rubio oscuro, y sus ojos flotaban en un extraño color azul violáceo. De hecho, estos ojos ligeramente oblicuos —los ángulos exteriores parecían estar a un nivel más alto que los interiores— más que mirar, flotaban. Eran grandes, pese a la forma casi rasgada. Pero cada persona, cuando mira, emite un rayo como una flecha que vuela, que avanza con mayor o menor rapidez. Este rayo faltaba en *Frau* Castiletz. Su mirada se expandía, por así decir,

hacia los lados, como anillos alrededor de una piedra arrojada al agua.

Efectivamente, sus ojos tenían algo así como el aura en torno a una luna borrosa, el velo continuo de cierta ausencia, un mirar que se dispersaba hacia los costados, en vez de buscar y enfocar el centro de cuanto miraba.

Kokosch quería mucho a su madre. Podía jugar horas enteras instalado en el suelo, satisfecho y guardando un silencio absoluto, mientras ella permanecía sentada en el cuarto con su bastidor de bordar, que siempre llevaba consigo y al que parecía no prestar atención cuando trabajaba. A veces podía tenerse la impresión de que *Frau* Leontine bizqueaba un poquito, pero no era cierto.

En esas tardes solitarias de la primera infancia, en las que sólo de vez en cuando se oía la campana del tranvía o la sirena de algún vapor desde el canal, el niño era manifiestamente feliz y reposaba en sí mismo (mucho más tarde, volvió a recordar alguna que otra vez aquellos ruidos lejanos). En más de una ocasión, dejaba estar los juguetes — una fortaleza con soldados, unos barcos, el gran tren y más cosas bonitas— y se acercaba a la madre. Se acurrucaba delante de ella en la alfombra y frotaba la cabeza y también la cara contra las lisas medias de seda. Luego volvía en silencio a sus juegos, siendo como era Kokosch un niño de mucho genio, capaz de concentrarse durante días enteros, como un poseso, en algún invento e incapaz, por otra parte, de soportar que lo molestaran. Su padre, excelente observador, descubrió una vez, al notar la formación siempre idéntica del ejército y su diario cambio de posición respecto a la fortaleza y al preguntar luego con mucho tacto por los motivos de tal cambio, descubrió, digo, que los juegos de su hijito mantenían durante más de ocho días un hilo conductor que podría calificarse de nexo lógico. En esa ocasión, Kokosch explicó al padre, con detalle y haciendo gala de una enorme confianza, el importante papel del fe-

roccarril en todo el juego y le enseñó el correspondiente cambio de posición de las vías.

*Frau Castiletz* no era de esas madres aficionadas a contar muchas cosas. De lo contrario, habría podido comunicar que el pequeño, sin ver en el cuarto un reloj (cuyo funcionamiento desde luego ya conocía) y sin que pudieran oírse las campanas de una iglesia, interrumpía su juego cada media hora con pasmosa regularidad y se acercaba entonces a su madre, como bien pudo comprobar ella consultando furtivamente su reloj de pulsera.

Desde luego, contar esas anécdotas maternas no habría encajado con su manera de ser. Prefería no llamar la atención de sus prójimos; no se hacía notar. Sólo permanecía sentada entre los otros, y ahí se acababa su aportación. Su cabello era ondulado, y ella lo llevaba suelto; todas su persona tenía algo ondulado, desdibujado o confuso como las blancas nubes estivales batidas por el viento. Su ropa era igual, y cuando llevaba vestidos de colores, prefería con callada obstinación los estampados de flores bien grandes y no siempre de buen gusto que la hacían parecer más maciza de lo que era. Había entre ellos uno con unas flores estilizadas tan grandes que una sola le cubría toda la espalda y aún más. Era de suponer que ella misma los elegía y los compraba adrede. Sin embargo, nunca se la oyó expresar un punto de vista con palabras, jamás manifestar alguna opinión palpable. Muchas veces mostraba un amable asombro. Cuando hablaba, sus frases se desintegraban apenas pronunciadas, así como su mirada, apenas lanzada, se descomponía en anillos. Siempre parecía deslizarse por la periferia de la vida como un velero lejano. Según algunas personas, era amanerada, cosa tan poco cierta como la observación de que biqueaba. No era amanerada. Pasaba que siempre estaba pocha.

Por su origen, provenía del «ramo», como solía decirse no hace mucho. Su padre había sido fabricante de paños y su dote fue estimable, pero no enorme. De todos modos,

incluso sin tener en cuenta la previsible herencia, Lorenz Castiletz se colocó bien —que así se dice muchas veces en los círculos burgueses— al casarse a los cuarenta y cinco años con esa joven de veintidós.

## Dos

La casa paterna de Conrad era, junto con esa hilera de casas que sólo ocupaba un lado de la calle y en cuyo provisional extremo se encontraba, una de las últimas y más modernas estribaciones del gran barrio que había al otro lado del canal. Sin embargo, el núcleo de este barrio estaba constituido por un sombrío e incluso tétrico laberinto de viejas y hasta viejísimas callejuelas que quedarían reservadas como fondo para las posteriores fases y circunstancias de la historia infantil de Kokosch. Por el momento, ésta se desarrollaba básicamente en una zona delimitada por tres puntos. El primer punto era el piso paterno y, sobre todo, el cuarto de niño del propio Conrad, una habitación grande y clara, con una amplia y magnífica vista, algo comprensible dada la situación de la casa. El segundo punto se hallaba al otro lado del canal: era la escuela. El camino hasta allá no era en absoluto prolongado, sólo había que remontar la hilera de casas, llegar hasta un gran puente, doblar luego a la izquierda y seguir en línea recta por una calle larga con una ligera pendiente hacia arriba. Al acabar la escuela, los alumnos corrían cuesta abajo por la acera y podían alcanzar enormes velocidades, deporte practicado por manadas de niños y no precisamente para alegría de los adultos. Papá Castiletz había insistido mucho en enviar a Conrad a esa escuela y había inscrito a su hijo a tiempo. Pues esas cinco clases eran el anexo de un gran centro en que se preparaba y formaba a jóvenes maestros para el ejercicio de su profe-

sión. Los alumnos servían a éstos de conejillos de Indias, por lo cual siempre se enseñaba siguiendo los métodos a su juicio más nuevos y eficaces, y la escuela tenía fama de ser particularmente moderna y progresista. Además en ese mismo edificio calificable de gigantesco se encontraba también la escuela secundaria, de modo que los niños, al pasar al instituto, podían quedarse en el lugar y no habían de variar el recorrido de siempre para llegar al colegio.

El tercer punto del triángulo que más o menos circundaba el período infantil de Conrad y, en consecuencia, también su «reino» (el «país infantil», el «reino de sus años mozos») constituía su centro de gravedad y al mismo tiempo su límite más remoto: se encontraba justo enfrente de esas chimeneas de fábricas alineadas como flechas al otro lado del canal. Hasta allí solía avanzar, atravesando prados, matojos y los grupos de árboles de la vega, y por lo general no seguía más adelante. Pues allí atrás volvía a haber casas y fábricas, pasaba el ferrocarril, así como, sobre todo, la reja alta y casi infinita de un hipódromo.

Conrad no era de esos niños bendecidos con una institutriz hasta bien entrada la secundaria. Lo dejaban corretear libremente como a un auténtico golfillo, siempre y cuando regresara a casa con puntualidad. En este sentido, los padres demostraban ser liberales, y en el caso de Lorenz Castiletz esta permisividad parecía tener su origen en una suerte de convicción. Kokosch poseía ese enorme talento, casi podría decirse arte, que facilita la vida de un alumno tanto como la de un recluta: el arte de no llamar la atención. No llamaba la atención ni por su saber ni por su ignorancia, su rendimiento se mantenía, como quien dice, en un simple plano gris, al igual que su comportamiento, y así fue pasando de clase a clase como un alumno más del montón, al que los maestros ya se habían acostumbrado. En este sentido, nunca fue motivo de preocupación para los padres. Esto, a Lorenz Castiletz le resultaba algo natural;

de lo contrario seguro que habrían castigado al muchacho con una buena azotaina.

Los problemas vinieron en su caso de otros lados; de todos modos, el período infantil de Conrad nada tuvo que ver con eso que en aquellos años se acostumbraba llamar «una tragedia escolar».

El «reino» empezaba de hecho justo delante de la puerta de entrada, mirando al otro lado de la calle, hacia las pilas de madera, hacia la valla que se divisaba a veces entre los montones, hacia la otra ribera del canal y los grupos de edificios allí construidos. Junto a la casa había primero unos terrenos por edificar, pero no vallados, sino abiertos y todavía sin aplanar, con muchas colinitas y montañitas, en las cuales los niños habían allanado numerosos senderos y caminitos y cavado una serie de agujeros como si fueran túneles y carreteras: en algunos puntos parecía la construcción de ciertos roedores. Un gran letrero instalado sobre dos palos indicaba el nombre del propietario y el hecho de que los terrenos estaban en venta. El letrero ya llevaba tiempo allí y sus tablas se habían vuelto grises de tanto viento y tanta lluvia.

Ese sitio un poco monótono estaba separado de las auténticas «pampas» o «estepas» por un ancho camino, perpendicular al canal y a la carretera ribereña.

A partir de ahí los prados se extendían a gran distancia. Había agrupados o alineados en sus bordes árboles jóvenes de hoja caduca que en algunos sitios hacían de frontera. En el centro de esas superficies de color verde gris, sin embargo, se alzaba a veces un árbol gigantesco cuyas ramas más elevadas alcanzaban una enorme altura ante el cielo azul y se fundían con los rayos del sol. Abajo, el voluminoso tronco siempre solía estar raspado, liso, descortezado, pues varias generaciones de niños habían jugado a pillar en torno a él. Cuando el árbol era hueco, habían aprovechado esta circunstancia para hacer profundas excavaciones en la tierra a su alrededor, convertidas con el paso del